

**EL MARQUES DEL TORO,
Ultimo sobreviviente de los firmantes
del Acta de la Independencia**

Miguel Toro Ramírez

Ciertamente el Marqués del Toro es uno de los personajes de la historia de Venezuela sobre el que más se ha escrito, hablado y comentado. Tanto por su destacada actuación en los sucesos de la Independencia como por las peculiares circunstancias que rodean su vida.

Su ciclo vital es una elipse que a lo largo de noventa años abarca trascendentales momentos del acontecer nacional y constituye un perfecto enlace entre dos épocas. Proyectando como nadie más, hasta entrada la segunda mitad del siglo pasado las reminiscencias de todo el esplendor y el brillo de un señorial pasado colonial, amalgamado con los cambios suscitados tanto en el país como en el mundo durante los primeros cincuenta años del siglo XIX. Las especiales circunstancias que rodean la vida de este venezolano, último vestigio de la antigua sociedad, de la vieja aristocracia, lo han convertido también en uno de los personajes más conocidos y pintorescos de nuestra historia, de nuestra tradición y, si se quiere de nuestro folklore. Porque la identidad de un país se halla en las tradiciones, es decir en los recuerdos vitales, y él era el último en poseer recuerdos insólitos, distintos de los de las otras familias.

En su tiempo el Consejero Lisboa nos presenta una estampa elocuente del octogenario Marqués: "Con su espigada figura, erecta y aristocrática, su cara arrugada y requemada por los años, su peluca rubia y su colete de paño

escarlata ricamente recamado de oro. Era un hombre original, una reliquia del siglo pasado; sacrificando sus intereses y las tradiciones de su elevado puesto, sirvió fielmente la causa de la independencia, y era, por eso, muy popular, consiguiendo conservar hasta el fin de su vida, por popular consenso, tácito y unánime, el título de Marqués, que las leyes habían abolido".

El 7 de mayo de 1851, casi a los noventa años de edad fallece el General Don Francisco Rodríguez del Toro e Ibarra, IV Marqués del Toro, en su vieja Quinta de Anauco, "una congestión pulmonar terminó casi de repente la vida de este benemérito patriota". En la Iglesia de la Santísima Trinidad, construida bajo el patronato de sus antepasados, después convertida en Panteón Nacional tiene lugar el día 11 el solemne entierro. El Presidente de la República General José Tadeo Monagas, así como los generales Carlos Soublette, Ex-presidente de la República y Justo Briceño escoltan el féretro, "seguía el caballo de batalla ricamente enjaezado". Un numeroso concurso de las más diversas clases sociales y grupos políticos, las altas dignidades de la Iglesia y del Estado y el Cuerpo Diplomático acuden para honrarle. El plañido de las campanas, las descargas de fusilería y los disparos del cañón, todo daba a entender que no era una común inhumación la que ese día tenía lugar. Fue el primer Jefe de los Ejércitos Patriotas y era el último sobreviviente de los firmantes del Acta de la Independencia del 5 de julio. "La providencia que cuida, cuando conviene a los altísimos designios, del honor de las naciones, dispuso las cosas de manera que la muerte del último fundador superviviente de nuestra independencia, fuese un suceso notable y extraordinariamente señalado". Continúa el Semanario de las Provincias en su edición del 14 de mayo de 1851: "El último de los 37 ha muerto en la opulencia posible de la tierra, y su cadáver ha sido conducido a la eterna

mansión del descanso con una gran parte de los honores que dispensa la vanidad organizada de este mundo".

Había nacido en Caracas en 1761, bajo el antiguo régimen. Hijo de los terceros marqueses del Toro. Coronel de las Milicias de Blancos Voluntarios de los Valles de Aragua, Caballero de las Ordenes de Carlos III y de Alcántara. Precursor de la Independencia. Signatario por El Tocuyo del Acta del 5 de julio de 1811. General de División y al primero que cupo la honra de mandar un ejército patriota en sostenimiento de los principios proclamados el 19 de abril de 1810. General de la Campaña de Coro: la primera que se realizó en el suelo venezolano contra el gobierno peninsular; así como de la Campaña de Valencia. Después de nueve años de exilio y necesidades, junto con su hermano el también General y Prócer Fernando Toro inválido a causa de la terrible herida que recibió en la toma de Valencia, regresa a la patria en 1821. Bolívar desde Angostura, el 15 de diciembre de 1819 escribe al Marqués y a Fernando, invitándolos a venir al país nativo, al servicio de la patria, "si el Marqués quiere guardar una vida privada como me dicen todos, también lo puede hacer con honor y comodidad, y si quiere animarse a volver a tomar parte en los negocios públicos, de mucho puede servir un hombre tan amado y respetado, tan bueno y tan recto y tan experimentado en la escuela del infortunio". De nuevo en la patria el Marqués es nombrado en 1824 con el cargo de Intendente (Gobernador) de Venezuela. En efecto, aparte de este honroso cargo, el Marqués del Toro va a llevar una vida de retiro dentro del ambiente campestre de su Quinta de Anauco. A pesar de la tragedia de la guerra y de las comunes desgracias que hubo de soportar, éstas no cambiaron su ánimo; "sé que Vd. ha conservado la salud de un atleta y la alegría de un filósofo, superior a todas las calamidades y resignado a ver con desprecio los golpes de la fortuna. Me

dicen que Vd. vive alegre a pesar de tantas causas de tristeza..." le escribe el Libertador desde Cuenca en 1822.

En esta vida de retiro y sosiego apacible el marco apropiado va a ser la Quinta de Anauco. "Situada en los confines de la ciudad", rodeada de jardines y arboledas frutales y espaciosos terrenos ocupados por plantaciones de café y cañamelares que esparcen su fresca brisa sobre esa pintoresca colina de las faldas del Avila. De casa de contornos irregulares y perdida en los alrededores de la ciudad, habitada por el Marqués del Toro hacia 1821, y adquirida posteriormente por compra, se convierte por obra de éste en la hermosa mansión que a modo de fiel reflejo de la estancia de recreo andaluza, aparece en los planos y grabados de la época. Se perfeccionan sus rasgos arquitectónicos, se trazan sus patios y espaciosos jardines y se la herosea tanto en su aspecto exterior como interior dotándola de todas las comodidades y el buen tono que la hacen acreedora de su fama de franca y grata hospitalidad.

A través de la lectura del Inventario practicado en la Quinta a raíz de la muerte del Marqués se puede tener una idea del estilo que predominaba en ella, que antes de ser ostentoso era austero y de una señorial sobriedad. "Su mueblaje anticuado mezcla de lujo y sencillez campesina, sillas de paja y de caoba, sobre las consolas, antiguas porcelanas, dorados relojes y candelabros de cristal. Las decoraciones, obra a lo que se dice de un esclavo pintor, con más probabilidad de alguno de los pintores que vivían en Caracas a fines del siglo XVIII y principios del XIX... "Los retratos de Don Sebastián del Toro y Doña Brígida de Ibarra, padres del General..." Todo evoca el recuerdo de la vieja Caracas. "Para la fecha de su muerte el Marqués había empobrecido, si se le compara con la fortuna de su padre Don Sebastián" -nos refiere el Cronista Enrique Bernardo Núñez- "Tenía, es cierto las haciendas de

Mocundo, en Guacara y la de San Bernardo en Ocumare del Tuy". Así como algunas otras propiedades y casas en la ciudad de Caracas, incluida la estancia o finca denominada Quinta de Anauco. En efectivo tenía en sus arcas la considerable suma de diez mil doscientos veintisiete pesos, provenientes en parte, del arrendamiento de Mocundo. En los 216 renglones que conforman el Inventario de la Quinta queda patentizada la atmósfera que se respiraba en Anauco.

Notables acontecimientos, fiestas y recepciones tienen lugar en la Quinta de Anauco. El Marqués, dado a la vida mundana y al cordial agasajo, recibe en la Quinta a las más connotadas personalidades y llegan a ella como sus huéspedes las figuras más importantes de su tiempo. Tal como ya acostumbraba hacerlo, muchos años antes, cuando recibió al sabio Barón de Humboldt en Mocundo, a orillas del Lago de Valencia, haciéndole conocer además de las bellezas del paisaje y la vegetación muchos de los últimos adelantos que había introducido en la hacienda. En sus años de esplendor la Quinta es escenario de la brillante vida social que en ella desarrolla con distinción el Marqués del Toro.

Frecuentan la Quinta de Anauco, además de los próceres y viejos caudillos, gentes de todos los estratos, tan bien recibidos que se acrecienta su fama de hospitalidad hidalga, convirtiéndose la casa en famosa entre los sitios más destacados de la ciudad. Entre los que concurren asiduamente a los banquetes y a las veladas que tienen lugar en Anauco están Páez, Urdaneta, Montilla, Soublette, Sir Robert Kerr Porter Cónsul de la Gran Bretaña. También es huésped del Marqués, Perú de la Croix, y en Anauco redacta y ordena algunos de los capítulos de su célebre Diario. Fermín Toro, el futuro eminente repúblico regularmente visita la nutrida biblioteca de su tío. Bodas familiares tienen lugar en su Oratorio. Y hasta ofrece el Marqués un gran

baile en Anauco para conmemorar el centenario del natalicio de Washington. En los jardines, dos araucarias, presente enviado al Marqués desde el Perú, recuerdan al Mariscal Antonio José de Sucre.

Pero hay un invitado muy especial, tanto por lo que en sí representa como por la predilección que sentía por la Quinta de Anauco: Simón Bolívar, el Libertador, quien también se suma para encabezar la lista de los huéspedes ilustres del Marqués del Toro en Anauco. Bolívar en repetidas oportunidades manifiesta su deseo de retirarse de los negocios públicos para ir a vivir en Anauco con su "Padrino Marqués", como cariñosamente le llamaba, y quien además, era primo hermano de su inolvidable esposa María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza.

Es sin duda, aparte de la entrañable amistad y el parentesco existente entre Bolívar y el Marqués del Toro, ese aire a la vez bucólico y pintoresco, hidalgo y señorial, que le recuerda a la antigua Caracas, lo que añora el Libertador en sus cartas. El 14 de enero de 1827 llega Bolívar a la Quinta de Anauco. Le aguarda un grato y emotivo recibimiento. El Marqués ofrece un banquete en su honor. En su estadía en Caracas frecuentes son sus visitas a la Quinta. Tantos recuerdos, tantas amenas charlas a la sombra de las centenarias arboledas de Anauco al final de esas tardes azules y cálidas. Estaba en el hogar de "sus queridos Toro", los amigos de su juventud. Le gustó tanto a Bolívar la casa que luego, en vísperas de su partida el mes de julio de ese mismo año es huésped por varios días del Marqués, y en Anauco pasa su última noche en Caracas, para salir muy temprano el día 5 de julio rumbo a La Guaira donde se embarcaría para Cartagena.

Es tan grata la impresión que Bolívar se lleva de esta visita, que desde Bogotá, en febrero de 1828, escribe al Marqués: "juntos subiremos a Caracas y juntos viviremos en Anauco", y agrega con natural sencillez: " ¡Cuidado

Marqués! no hay que hacer ningún gasto, ninguna adición a la casa. Gracias que tengamos qué comer con los amigos. En todo junio estaré con Vd., Marqués. Qué contento se pondrá Vd. al recibir ésta, y yo gozo con anticipación del placer de verlo en la patria nativa". El Libertador no pudo cumplir su deseo. Aquella habría de ser la última vez que estuvo en su querida Caracas. No se cumplirían sus anhelos de retirarse de sus obligaciones aliviando el peso de sus grandes responsabilidades en las tranquilas soledades de Anauco. O reanudar aquellas conversaciones con el Marqués bajo la sombra de los árboles de su jardín.

Anauco continúa su proverbial tradición de casa acogedora y cordial con el discurrir de los años. Se suceden numerosas fiestas y celebraciones, almuerzos y prolongadas veladas. El Marqués con el prestigio que acompaña a su persona, sirve de sabio consejero, y en otras oportunidades de árbitro y moderador en las discordias que surgen en la política en esos años tormentosos. Siendo cierto que después de consumada la Independencia jamás desenvainó su espada para tomar partido en ninguna contienda fratricida.

En la Quinta de Anauco está plasmada la imagen del Marqués del Toro, y su nombre inseparablemente unido al de la casa. Sin que pueda olvidarse que Anauco fue una de esas especiales circunstancias en la vida de este personaje, y que, a través de su presencia es que la Quinta de Anauco adquiere el prestigio, la fama y el lustre de que hoy puede hacer gala y que le han deparado un sitio en la historia, siendo por ello declarada Monumento Histórico Nacional. En los muros de Anauco se encierran valiosos recuerdos de nuestro pasado, y para acrecentar su encanto tampoco está exenta la Quinta de misterios y leyenda. Una de estas leyendas se teje en torno a la figura de la Marquesa. Esta enigmática mujer, de la cual es poco lo que

recoge la historia, es Doña María del Socorro de Berroterán Xedler y Tovar, hija del V Marqués del Valle de Santiago, y perteneciente también a una de las más acaudaladas familias de la colonia. Su abuelo, Don Miguel de Berroterán, había sido en dos oportunidades Gobernador y Capitán General de Venezuela, y considerado como una de las más distinguidas personalidades de la administración pública colonial. Doña Socorro y el Marqués del Toro habían casado en la Catedral de Caracas en 1789. Una incógnita de "votos" se cierne alrededor de su persona y flota en la parte alta de la Quinta conocida como Pabellón de la Marquesa. Si ésta llegó a vivir o no en Anauco, no hay nada concreto. Lo cierto es que la Marquesa cuando muere en 1842, se encuentra en su casa de la Parroquia Altigracia. En Anauco se conservaba su costurero de tres gavetas, y en las caballerizas su calesa de dos asientos. No habiendo quedado sucesión de este matrimonio. Otro misterio se encierra acerca de la razón y el por qué de la constante insistencia del Marqués del Toro, como queda constancia en su testamento, de que la Quinta de Anauco no salga de la familia Toro, y que nunca sea enajenada sino a uno de "los cointeresados en ella o de la familia". A la muerte del Marqués, en su testamento otorgado en 1851, designa como sus universales herederos a sus hermanos. La Quinta de Anauco es legada especialmente a sus hermanos Diego Rodríguez del Toro, y Gertrudis, viuda de Fernández de León, la habitación baja de la Quinta y la mitad de su jardín. Y a sus sobrinos Herrera-Toro e Ibarra-Toro, hijos de sus hermanas María Teresa y Ana Teresa, esposas que fueron, respectivamente, de Don Martín de Herrera y de Don Vicente de Ibarra, la habitación alta de la Quinta y la otra mitad de su jardín, con la cláusula testamentaria de que la Quinta debería permanecer en la familia. Qué afecto o interés tan especial tendría el Marqués por Anauco, que a pesar de no remontarse sus títulos de propiedad en la familia, como por ejemplo Mocundo, a la época de la Conquista y las primeras encomiendas, deseaba que permaneciera siempre entre sus

herederos. Los sobrinos y los hermanos del Marqués favorecidos por el legado acuerdan sortearse entre ellos la propiedad de Anauco a fin de que tuviese un solo dueño y pudiese conservarse mejor. En este sorteo sale favorecida su sobrina Doña María del Rosario Herrera y Rodríguez del Toro, -esposa de su primo Don Juan José Rodríguez del Toro- quien para 1856 como dueña de la propiedad decide venderla a su tía Gertrudis. En efecto Doña Rosario, o "Mamaíta", como familiarmente se le conoce, cumplió con el precepto testamentario de que la Quinta no saliese de la familia. Fue en 1861 cuando Doña Gertrudis vende la casa al señor Eraso, por la suma de cinco mil pesos.

Hoy más que nunca resulta pertinente hablar de este anecdótico prócer caraqueño, Marqués del Toro y General de la República, como un símbolo. Frente a una Venezuela que se transforma vertiginosamente es necesario mantener vivos esos "recuerdos vitales" que conforman la esencia de la identidad nacional.

SEÑOR GENERAL
FRANCISCO RODRIGUEZ DEL TORO

Bogotá, Quinta, 16 de febrero de 1828

Mi querido Marqués:

Al fin se cumplen sus deseos y los míos también; el 7 del mes entrante partiré de esta capital: iré por Apure, Guayana, Cumaná y La Guaira donde nos abrazaremos. Juntos subiremos a Caracas y juntos viviremos en Anauco. ¡Cuidado, Marqués! no hay que hacer ningún gasto, ninguna adición a la casa. Gracias que tengamos qué comer con los amigos. En todo junio estaré con Ud. Marqués. Qué contento se pondrá Ud. al recibir ésta, y yo gozo con anticipación del placer de verle en la patria nativa.

Memorias a todos los amigos y parientes y créame suyo de corazón.

BOLIVAR